

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. fros.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PUORTE.



LA REDACCION
y administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

**

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTER.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

TELEGRAMAS.

PARIS.—Blanc y Blanqui aseguran que ellos no son rojos, y tienen razon, porque sus apellidos están diciendo que ellos son blancos.

VERSALLES.—En las conferencias que celebraron el conde de Bismark y M. Thiers, parece que hablaron en aleman, y por eso, sin duda, no se entendieron.

VIENA.—El Austria reclama la posesion de toda la zona austral, y parece que todos los gobiernos protestan contra esa pretension, menos el de Suecia que, como es natural, se hace el sueco. Si el conde de Beust se sale con la suya, será preciso añadir una i á las regiones australes, y llamarlas austriales.

SAN PETERSBURGO.—El Czar quiere pasar por la Puerta-Otomana, diciendo que para eso es puerta, para que todo el mundo pase por ella cuando le acomode. Flourant, Pyat, Cluseret y otros ciudadanos franceses consienten que la Rusia se apodere de todos los mares, menos del Mar-Rojo, porque ese dicen que les pertenece á ellos.

COMMO.—Al otro lado del lago de este nombre se vá á fundar una ciudad y se llamará *Cuando*; de modo que el lago de *Commo* se podrá titular lago de *Cómo* y *Cuando*.

FLORENCIA.—Hay grande agitacion. En un clubini presidido por Salvini, Mazzini ha atacado á Pallavichini, á quien defendieron Cremosini, Achillini, Gasparini y Guglielmini. Cialdini ha dado orden al comisario Bernini para cerrar el clubini, donde ha hecho resistencia un tal Bracciolinini. ¡Cáspitanini!

MADRID.—Siguen llegando, forasteros que se posesionan del centro de la villa. De los antiguos habitantes, unos, como ya se ha di-

cho, están en la calle del Desengaño y otros continúan en la calle del Sordo. Los redactores de los periódicos filibusteros van á trasladarse á la Plaza de la Cebada. Eso prueba que empiezan á conocerse.

NUEVA-YORK.—El oro sube y baja, segun conviene á los especuladores, que dicen que todo lo demás es cuento.

CADA CUAL HABLA DE LA FERIA SEGUN LE VA EN ELLA.

Dineros son entidad.
Verdad.
Mas ama quien mas aspira.
Mentira.
(GOSNORA.)

De la revolucion de Setiembre se puede decir lo que de la lengua decia Esopo, á saber, que segun el prisma por donde se la mire, vendrá á parecer la mejor y la peor de las cosas de este mundo.

¿Queréis, lectores, tener una idea aproximada de los resultados que ha producido la mencionada revolucion? Pues no consultéis sobre el particular á los periodistas ministeriales, porque de sobra sabeis anticipadamente lo que en elogio de la revolucion de Setiembre han de contestaros; pero tampoco os atengáis á la opinion de D. Carlos Frontaura, director de *El Cascabel*, porque está fuera de duda que cada cual habla de la *Feria* segun le vá en ella, y como dicho señor acaba de verse seriamente amenazado por la *partida de la porra*, que pasa por uno de los hallazgos de la feria revolucionaria, es natural que os diga el interrogado que hoy el estado político de la nacion es mas deplorable que el de Agosto de 1868.

Ahora bien, lectores. ¿Quién tendrá razon?

¿El que ensalce ó el que vitupere la revolucion de Setiembre? Yo, aunque esto pase ya por una vulgaridad, me atrevo á decir que ninguno, y como no he recibido favores ni ofensas de la revolucion que está en tela de juicio, podrá disputárseme la competencia por mis pocas luces, mas no por mi imparcialidad en el asunto de que se trata.

Esto supuesto, ¿será justo que una yo mi humilde firma á las de los periodistas que en Madrid han protestado contra la *partida de la porra*? Pues, ¡porra! diré yo á eso, no me dá la gana, y no, ¡porra! porque yo no esté dispuesto á calificar á la tal partida de bárbara, brutal, salvaje, feroz, horrible, odiosa, execrable, indigna, en fin, de un pueblo civilizado, sino, ¡porra! porque estoy conforme con *La Voz de Cuba* en lo de creer que los españoles honrados, carlistas ó republicanos, moderados ó progresistas, unionistas ó demócratas que hoy figuran en la prensa periódica leal de Madrid, no han debido consentir que, al lado de sus firmas, se pusiesen las de los redactores de *El Universal* y de *El Sufragio Universal*, órganos reconocidos de los enemigos de la Pátria. Las firmas de estos redactores manchan la protesta, y ¡porra! son tan contraproducentes, que dan una especie de justificacion á la infame *partida de la porra*; porque, ¡porra! lo voy á declarar con franqueza: por punible que á mis ojos sea la indicada partida, que debe su origen á una estupidez intolerante, mayor castigo merecen en mi concepto los que simpatizan con los traidores, para lo cual tienen que obedecer al impulso de una maldad refinada, si no al de una corrupcion asquerosa.

Esto sentado, ¡porra! paso adelante, y digo

que no tiene razon D. Carlos Frontaura, cuando dice, ó viene á decir, en la Exposicion que ha elevado al Excmo. Sr. Regente del Reino, que las garantías individuales de los ciudadanos corrian menos peligro en Agosto de 1868 que en los tiempos presentes, porque ¡porra! hoy manejan la porra los hombres del pueblo, y el mismo Frontaura reconoce la sinceridad con que el señor Gobernador de Madrid desea castigar á los culpables, siendo sabido, además, cuán enérgicamente ha condenado los desmanes de los apaleadores el Sr. Ministro de la Gobernacion, mientras que en tiempo del tristemente célebre Marfori, ¡porra!, los que manejaban la *idem* eran los mismos gobernantes, habiendo llegado el abuso del poder al extremo de hacer pasear á los escritores con los brazos atados y un cartel en el pecho por las calles de la capital, y de apalear ó abofetear todo un Gobernador de Madrid á los presos políticos, que maniatados iban á su presencia (1).

No, ¡porra! yo no estoy contento con la revolucion de Setiembre, que ha producido poco bueno y bastante malo; pero no venga nadie, ¡porra! á santificar á los Gonzalez Bravos y Marforis que, entre otros delitos, cometieron el de dejar desguarnecida la Isla de Cuba, merced á lo cual no pudo ser inmediatamente sofocado el rebuzno de Yara, y que, tan arbitrarios mandarines como no muy cumplidos caballeros, se prevalieron de la autoridad para manejar la porra, sacando á la vergüenza con carteles en el pecho á los escritores, y levantando la mano á hombres á quienes hacia sagrados la doble circunstancia de estar presos y de tener las manos amarradas. Tenga cada cual, ¡porra! las inclinaciones que guste; profese las doctrinas que quiera; pero, ¡porra! no debe haber hombre sensato, sea absolutista ó moderado, unionista ó progresista, demócrata ó republicano, que, vituperando, como es justo, la porra de la plebe, no repruebe con mas lógica indignacion la porra de aquel poder que, en vez de castigar el uso de la porra, como hoy se está en vias de hacerlo, premiaba al Sr. Marfori, elevándole á Senador y Ministro, por haber blandido la porra contra hombres presos y maniatados cuando era Gobernador de la capital de una nacion civilizada.

Por lo demas, insisto en anatematizar á la *partida de la porra* que ha tenido la *porrería* de allanar la redaccion de *El Cascabel*, y entre las muchas razones que me asisten, ¡porra! para lamentar el suceso, una de ellas es el haber ese suceso dado motivo al Sr. Frontaura para escribir el documento singular que ha dirigido al Excmo. Sr. Regente del Reino; porque, ¡porra! y no temo que se me diga que gasto mucha porra cuando el asunto me autoriza para gastarla, el documento

en cuestion es uno de los mas deplorables frutos de la revolucion de Setiembre.

En primer lugar, ¡porra! ¿qué fin tiene ese documento? Yo no concibo que un ciudadano dirija una exposicion á una autoridad, si no es para pedir algo, y el señor Frontaura no ha pedido en la que ha elevado al Regente ni aun el castigo de la *partida de la porra*, pues se limita á manifestar que, en vista de lo que ocurre, ha dispuesto irse á otra parte á publicar *El Cascabel*.—«Y á mí, ¿qué me cuenta V? Vaya usted enhorabuena, dirá el Regente; pero no es á mí, sino á los que despachan las cédulas de vecindad á quienes debía usted comunicar su resolucion.»

Y si esto dijera el Regente, ¿qué replicaría Frontaura?

¡Porra! Se ve que la exposicion de que voy hablando es una *porrada* sin objeto; pero si por esta circunstancia siento yo que se haya publicado, mas lo debo sentir por lo desaliñado de su redaccion; porque observo que en ella tan pronto se habla en primera como en tercera persona, y al notar eso, los extranjeros que empiezan á hacernos justicia podrán decir: «Duro es ver á los escritores amenazados por una porra; pero, puesto que hay escritores públicos que escriben exposiciones sin objeto y critican el mal manejo de la porra mostrando no conocer el buen manejo de la pluma..... ¿qué se vayan á la porra!» Eso es lo que se dirá en las naciones extranjeras, y por eso, tanto como por mi amor á la legalidad, siento yo que la *partida de la porra* haya tenido existencia en España.

EL MORO MUZA.

ASI HABRA PAZ.

Preguntad á los partidarios de la monarquía electiva porqué prefieren á las demas esa base del poder supremo, y os contestarán inmediatamente: «porque así habrá paz,» puesto que, no hallando nadie pretexto para turbarla en las interpretaciones á que siempre han dado lugar las leyes de sucesion, y estableciéndose un sistema de eleccion que garantice el acceso del mérito al poder, no solo se imposibilitará la guerra, sino que tendrá el pueblo todas las probabilidades de verse sabiamente gobernado.

Los que discurren así, no saben, ó no quieren saber, que la sedicion, el puñal y el veneno vinieron á ser en los tiempos de la monarquía electiva los grandes electores.

Preguntad á los amantes del principio hereditario porqué les gusta este mas que el electivo y responderán: «porque así habrá paz.» Como que los que dicen esto son, por lo regular, hombres de feliz retentiva, y recuerdan lo que nos enseña la historia sobre la vida y muerte de la monarquía de los reyes godos.

Pero como nada es completo en este mundo, los que tienen buena memoria para recordar lo que se ha escrito acerca de los reyes godos, han olvidado completamente lo que pasó en tiempos posteriores, y eso que no es grano de anís lo que pasó en dichos tiempos.

Tomemos el período mas feliz del poder hereditario en Castilla, el que dió principio con un rey *santo*, (D. Fernando III) á quien sucedió un rey *sabio*, (D. Alfonso X) y veremos que, si la eleccion presenta grandes inconvenientes, no son moco de pavo los que ofrece la sucesion, que seria el bello ideal de los derechos, si no hubiera minorías y sucesores, como vamos á verlo.

¿Deberia esperar un rey como D. Fernando que álguien le declarase la guerra, siendo tan valiente que obtuvo grandísimos triunfos sobre los sarracenos, y tan virtuoso que ha merecido pasar al catálogo de los *santos*? Pues á ese bravo y bondadoso monarca le hizo la guerra su mismo padre, D. Alfonso IX de Leon.

¿Y qué diremos de D. Alfonso el Sabio? ¿Era natural que á un príncipe, á quien con razon se dió el honroso dictado de *sábio*, que antes de él solo habia merecido Salomon, se le hiciese la guerra, cuando estaba siendo el asombro del mundo por sus talentos de astrónomo, poeta, legislador y guerrero? Pues sucedió lo que no era natural que sucediese; bien que, no fué su padre quien á este rey hizo la guerra; pero, si no fué su padre, fué su hijo D. Sancho, y no sé cual de los dos espectáculos es mas doloroso, si el que dá el padre que se arma contra su hijo, ó el que ofrece el hijo que se amotina contra su padre.

Al fin le llegó á D. Sancho IV la hora de reinar, y ciñó á sus sienes la ambicionada corona; teniendo la suerte de que ni su padre pudiera ya disputársela, ni un hijo imitase su conducta; pero, si ni sus hijos ni su padre le armaron trifulca, se la armaron su hermano D. Juan y su sobrino D. Alfonso de la Cerda; llegando á tal extremo la furia del primero, que se juntó con los moros para combatir á su hermano, siendo ese desdichado pretendiente llamado el infante D. Juan el que, frente á Tarifa, hizo decapitar al inocente hijo de Guzman el Bueno, á la vista de su padre, por no haber este querido entregar dicha plaza.

Subió al trono D. Fernando, conocido por *El Emplazado*, y á este le declararon la guerra todos sus parientes, á excepcion de su madre, la ilustre D^a Maria de Molina, que tan glorioso renombre ha alcanzado por sus virtudes y discrecion; de manera que los reinados de D. Sancho y de D. Fernando puede decirse que pasaron en guerra civil permanente, y llegó su turno á D. Alfonso XI, apellidado *El Justiciero*, que, por la edad en que entró á reinar, dió motivo á la guerra de los tutores, siendo cinco nada menos, los príncipes que se disputasen con las armas, durante muchos años, el derecho de mandar en nombre del joven soberano, quien á la postre, habiendo salido de la tutela, y viendo que aun así no podia impedir las revueltas provocadas por sus parientes, tuvo que apelar á la astucia para atrapar á D. Juan el Tuerto, á quien hizo matar á puñaladas, librándose el ilustrado infante D. Juan Manuel de una emboscada parecida, por haber visto mas claro

(1) Esto, sin perjuicio de lo que hiciera la *partida de la porra*, que es fruto de épocas de orden, anteriores á la revolucion de Setiembre. Y dígame si no el hecho de haberse una vez destruido la imprenta de un periódico titulado *El Eco del Comercio*, y de haberse atropellado en la fonda de Genyés á unos pobres músicos que iban á amenizar un banquete de ciudadanos pacíficos, todo por partidarios del Gobierno, que ningún castigo recibieron por sus desmanes.

que el susodicho Tuerto, no fiándose de las apariencias.

Murió D. Alfonso, y empuñó el cetro Don Pedro el Cruel, para vivir en guerra continua con sus hermanos, de los cuales hizo matar á uno en Sevilla, para que otro le matase á él luego en Montiel, con lo que, á pesar de la ley de sucesión, se vió pasar la corona de un heredero legítimo á las sienes de un bastardo, que la ganó con el fratricidio, es decir, con uno de los mas atroces crímenes que puede cometer el hombre, con el que valió á Rómulo tambien el ser único soberano de Roma.

No quiero pecar de cansado, lectores, y por eso no continúo mi relación; pero ahí teneis un período de mas de cien años de monarquía hereditaria, que no justifica la confianza con que los entusiastas del derecho de sucesión, bien determinado en las leyes, desean aplicarlo, diciendo que «así habrá paz.» Al contrario, ese derecho ha sido el generador de las grandes guerras civiles, y ofrecido en el mundo entero los espectáculos de parricidio y fratricidio que le son peculiares.

Se me dirá que no en todos los países habrá ese derecho tenido fatales resultados; pero, acaso pregunto yo, ¿no era hereditaria la corona francesa en la raza merovingea, cuando la usurpó la carlovingea? ¿No lo era tambien en esta cuando se la apropiaron los Capetos? ¿No está Inglaterra regada con la sangre que han hecho derramar las luchas de sucesión? ¿Ha sido mas feliz que dichas naciones la Rusia? ¿Lo es la China, donde las guerras dinásticas duran cuarenta y cincuenta años?

Pero preguntad á los republicanos porque quieren la república, y vereis qué pronto contestan: «porque así habrá paz,» como que lo primero que proclaman es la conveniencia de renunciar á los ejércitos permanentes.

¡Ah! Si las obras correspondiesen á las palabras, ¿quién gobernaría mejor que los republicanos? Pero ved cómo se portan los candillos de las repúblicas hispano-americanas, donde el sistema de gobierno ha venido á tomar la exclusiva fórmula de «*Quitate ti para ponerme yo*» ved como han interpretado siempre las palabras libertad y fraternidad los republicanos franceses; ved como han cumplido su programa seductor de abolición de la pena de muerte y extinción de quintas y contribuciones los republicanos españoles que, al pronunciarse en el año anterior, quisieron fusilar á todo el que no se iba con ellos ó se negaba á dar lo que pedían, y os convencereis de que, cuando la democracia dice: «así habrá paz,» lo mas prudente es prepararse para la guerra. (1)

Me ha sugerido estas reflexiones la situación de la madre patria, donde, segun algunos ciudadanos, se acerca la solución del problema que ha de darnos una paz octaviana, con lo que, á mi modo de ver, muestran conocer poco la historia.

(1) No hablo de los sedicentes republicanos de Cuba, porque con decir que fundan todas sus esperanzas en el asesinato y el incendio, dicho se está que á esos canibales no les cuadra ninguna denominación política.

Supongamos, en efecto, que el duque de Aosta reuna gran mayoría en las Cortes. ¿Renunciarán, por eso, á sus pretensiones Don Carlos y D. Alfonso?

Lectores, el reinado de los Borbones nos presenta dos grandes guerras civiles, una la que sostuvo el fundador de la dinastía, Felipe V, contra el Archiduque de Austria, y otra la que tuvo que sostener D^a Isabel II, en quien dicha dinastía ha concluido, contra su tío D. Carlos, guerras que han equivalido á muchos pronunciamientos, sin perjuicio de otras pequeñas, como la de la rebelión de Fernando VII en Aranjuez contra su padre, las de los carlistas desde 1823 en adelante contra Fernando VII; las de los mismos en 1848 en Cataluña y en 1860 en San Carlos de la Rápita contra Isabel II, y tengo para mí que lecciones tan recientes como esas no debían olvidarse. De esas lecciones, la que á mí me impresiona mas es la que enseña que en casi todo lo que vá de siglo jamás ha faltado un pretendiente que promueva discordias. Cuando el tal pretendiente no se halla llamado Fernando VII, se ha nombrado Carlos V; cuando no Carlos V, Carlos VI; cuando no Carlos VI, Juan III; cuando no Juan III, Carlos VII; y esto me hace temer que, eligiéndose ahora un individuo que no sea de los Borbones de la primera ó de la segunda rama, en lugar de un pretendiente constante, vamos á tener dos perpétuos; de modo que, si los que nos dan un rey de otra dinastía cualquiera lo hacen «porque así habrá paz,» van á quedar lucidos en mi humilde concepto, pues pudiera en adelante haber dos guerras por cada una de las que antes había.

¿Qué se deduce de esto? ¿Que debería elegirse á uno de los que pretenden ser representantes de la legitimidad? Yo no tengo ningun interés en que tal cosa suceda, ni creo que con tal resolución nos libráramos de las contiendas de sucesión á que el principio hereditario está fatalmente sujeto. ¿Deberemos dejar iguales á todos los pretendientes, echándonos en brazos de Orense y de Castelar? ¿Fundaremos la república donde está visto que no hay republicanos? Dios nos libre y nos defienda de fardel que no tiene merienda. ¿Qué haremos, entonces? No lo sé, francamente, pues mi objeto, al escribir este artículo, se ha reducido á probar que están equivocados los que ven la garantía de la paz en esta ó en la otra forma de gobierno. Tengan patriotismo los ciudadanos; sacrifiquen al bien comun sus afecciones y teorías, y podrán alguna vez decir: «así habrá paz,» sin la ironía con que generalmente pronunciamos estas palabras. AMURATES.

¿ME CASO?

LETRILLA SOLTERONA.

Yo estoy aburrido,
Siempre sin un cuarto,
Haciendo una vida
De todos los diablos.
Sufriendo á patronas,
Que me dan mal trato,
Y que no me cuidan,
Si me pongo malo.
Todos mis amigos
Se han ido casando:

Solo yo soltero
Quedo ya de tantos.
Y ellos son felices,
Y yo desgraciado:
Estoy decidido:
Si señor me caso.
¿Casarse! Es preciso
Pensarlo despacio;
Tiene inconvenientes,
Hay que confesarlo.
Las mujeres visten
Con un lujo asiático,
Mi sueldo es muy corto
Y todo está caro.
Un hombre soltero
Vive muy barato,
Y si tiene apuros,
Se aguanta, y andando.
Pero con familia
Ya varía el caso;
Y el ama..... y los niños.....
Vaya, no me caso.
Hoy hallé una mosca
En el estofado,
Y no encuentro un día
El cocido calvo.
Pago doce reales,
Y habito en un cuarto
Con vistas á un pozo
Y á cinco tejados.
Tengo un compañero
Que adora *il bel canto*,
Y toca la flauta
¡Y me dá unos ratos!.....
Esto es imposible,
No es para mis años.
¡Yo quiero familia!
Si señor me caso.
Mas ¡si tengo suegra!.....
Solo de pensarlo
Me tiemblan las carnes
Y me pongo malo.
Una suegra arisca
Torna al yerno manso
En furioso tigre.
Como por ensalmo.
Y hay ariscas suegras,
Y ejemplo bien claro
Veo á todas horas
En la de Mariano.
Si doy yo con una
Parecida en algo,
¿A qué mas infierno?
¡Vaya, no me caso!
Mas tambien hay suegras
De carácter blando,
Yo conozco á algunas
¿Por qué he de negarlo?
Y al cabo la suegra
Siempre sirve de algo,
Pues irá mi esposa
Con ella al teatro.
Y si se complace
En armar escándalos,
Siempre hay el recurso
De no hacerla caso.
Todo se compensa.
¡Debe ser tan grato
Vivir en familia!.....
Si señor me caso.
Mas si doy con una
De genio endiablado,
De esas mil que irritan
Al hombre mas santo.
O si doy con otra
Que, por el contrario,
Dá en llevarme á casa
Un primo cercano.....
O doy con un ángel
Que viva rezando,
Y lo deje todo
Por ir al rosario;
O doy con alguna
Que me haga su esclavo,
Que me tenga frito.....
¡Vaya, no me caso!
Queridas lectoras,
Nos dice un adagio
Que para casarse
Preciso es pensarlo.
Ninguno desprecia
Consejo tan sabio,
Y hay hombre que pasa
La vida pensando
Si el vivir soltero
Puede hacerle daño,
O hallará el suplicio
En el tierno lazo.
Sed vosotras buenas,
Y esperad que, al cabo,
Diga todo jóven:
«Pues señor, me caso.»

BOABDIL EL CHICO.



SRA. DOÑA TEODORA LAMADRID,
En el acto tercero de *Adriano Lecouvreur*.



Final del drama *Adriano Lecouvreur* por la Sra. Lamadrid y los Sres. Arjona y Calvo.

LIT. DEL COMERCIO OBISPO 87. HABANA



Una mesa del Gran Bazar de Beneficencia abierto en los altos del Louvre.

EL VASO DE AGUA.

Que no hay efecto sin causa, es cosa en que convienen hasta los racionalistas, á quienes un apreciable periódico ha echado la culpa de que un portero de la calle del Clavel de Madrid haya hecho tres ó cuatro muertes, acabando por suicidarse, que era por donde debía haber empezado; pero el célebre Scribe, autor de un excelente drama cuyo título sirve de epígrafe á este artículo, vá mucho mas lejos, no mas lejos que el apreciable periódico que ha explicado el por qué de lo del portero, porque eso sería imposible, sino mas lejos que los racionalistas, pues ha dicho Scribe que hay efectos muy grandes que se deben á causas muy pequeñas, y ciertamente, los descalabros que desde principios de Agosto hasta el día vienen sufriendo las armas francesas corroboran la opinión del ilustre autor de *El Vaso de Agua*.

¿Porqué en casi todas partes han vencido los prusianos á los franceses? ¿Será porque estos han combatido menos denodadamente que los otros? Hé aquí lo que los franceses no confesarían nunca, aunque fuese verdad, pues no todos los hombres han de tener la despreocupación de Horacio para declarar, como lo hizo este inmortal poeta, que había huido del campo de Filipis, *relieta non bene parmula*, esto es, abandonando no muy heroicamente su escudo de guerrero.

Pero, obrando en justicia, no hay que recurrir á hechos como el de Horacio para explicar las derrotas de los franceses, puesto que á la vista está que á estos les ha perseguido la desgracia en todas partes, y en prueba de ello, hé aquí lo que sobre dichas derrotas escribirán los historiadores imparciales.

En Woertz perdieron los franceses porque no tuvieron tiempo para hacer uso de las ametralladoras.

En Wiesenburgo porque no habían comido en muchas horas, primer ejemplo de un ejército en campo raso que se haya rendido por el hambre.

En Forbach porque tampoco habían comido los soldados, y además ignoraban la posición de sus enemigos, lo que era estar dos veces en ayunas.

En no recuerdo qué otro punto por la traición de un general; bien que casi en todas partes los generales han salido traidores, y así debía suceder no ganando, pues con razón ha dicho uno de nuestros poetas:

«Porque siempre, en casos tales,
Los vencidos son traidores,
Los vencedores leales.»

En Sedan perdieron los franceses porque algunos soldados se encontraron con que tenían los cartuchos de arena, de modo que, al cargar los fusiles, pudieron decir lo de D. Alvaro de Luna, según D. Antonio Gil y Zárate.

«Arena, que sin sentir
Tan pausada vas pasando,
Y en pos de tí vas llevando
Mi fugitivo existir &c.»

Entre paréntesis: se conoce que el que hizo los citados cartuchos había oído hablar

de la arena del combate y por eso puso arena en vez de pólvora, y por eso también se ha librado de la nota de traidor, que hoy se prodiga tanto como la cruz de la Legión de Honor antes de la caída del imperio.

En Strasburgo se entregaron los sitiados porque amenazaba ruina la Catedral.

En Dijon porque les faltó la artillería.

En Orleans por pique de los veteranos con los zuavos pontificios.

En Metz por la traición del pícaro de Bazaine.

Y así sucesivamente, lectores. Leed con atención todo lo que se dice de la guerra, y vereis como siempre hay una causa grande ó chica que dá por resultado un desastre para los hombres que sin duda están hoy de desgracia.

Esta desgracia continúa, y ella sola puede explicar porqué los franceses se echan á dormir, cuando con tanto calor les llama á las armas Gambetta, sin que pueda decirse que se duermen sobre sus laureles, y por qué siendo en París doble mas numerosos los sitiados que los sitiadores, no acaban aquellos con estos, pues, realmente, lectores míos, es una desgracia el tener una ventaja tan grande, porque como los sitiados no están por las victorias fáciles, se conoce que esperan á que haya equilibrio de fuerzas para hacer levantar el sitio, á fin de que no se diga que ellos se parecen á los alemanes en eso de abusar de la superioridad numérica para derrotar al enemigo.

¿Quereis una prueba mas de la desgracia que persigue hoy á los franceses? Pues desgracia y grande es, á mi modo de ver, que no hayan aceptado el armisticio, que tal vez hubiera conducido á la paz; bien que parece que ellos han desechado el armisticio, porque tampoco lo querían los prusianos, y ¿quién sabe los efectos que producirá la causa de no haberse celebrado el armisticio? Bonita se vá poniendo la Francia republicana, para que el estado actual de las cosas se prolongue sin inconvenientes mayores que la pérdida de la Alsacia y la Lorena! Esta consideración nos afecta tanto que nos pone en disposición de esperar de las demás naciones de Europa la inmediata intervención, para salvar á un gran pueblo del abismo á que le han ido llevando las locuras del despotismo y de la demagogia.

ALMANZOR.

EL QUE DA PAN A PERRO AJENO.....

¡Pobre Narciso.....! Y digo pobre Narciso, porque, en verdad, Narciso era un pobrecito, de espíritu y de bolsillo; dos pobreza de las que cada una de por sí es la mayor calamidad que puede caer sobre una criatura; conque, si llegan á juntarse las dos, no sé como haya cristiano ni moro que las aguante.

El que es de espíritu pobre,
A ser pobre se conviene,
Y si en la bolsa no tiene
Ni oro, ni plata, ni cobre,
Por mas que ingenio le sobre
Y tenga de gentes trato,
Siempre será un mentecato
Que lo eche todo á perder,

Y nunca podrá saber

Donde le aprieta el zapato.

Y si no digalo Narciso. Este tal vive en un cuarto que constituye su sala, alcoba, comedor, cocina y demás que debe tener una casa, lo cual quiere decir que toda su casa está reducida á aquella habitación. En ella se ven algunas sillas, que, aunque pocas, no tienen nada de bonitas ni de elegantes; una mala cama y una mesa de *no pintado pino*, que por su antigüedad parece que debió formar parte del mobiliario que llevara Noé en el Arca, cuando se salvó del diluvio. Porque es de suponer que Noé debió ser hombre de comodidades; y siendo, además, un tanto aficionado al zumo de la uva, llevaría en el Arca todos los menesteres de una casa, y no se contentaría solamente con la cñila de animalitos que tuvo el capricho de amontonar, y sea dicho de paso, no he podido nunca comprender con qué objeto conservó muchos de ellos, á no ser que lo hiciera con la sana intención de atormentar á las generaciones que estaban por venir.

En el momento en que escribo estas, que algunos podrán llamar reflexiones; pero que yo no sé el nombre que tienen, Narciso se pasea á lo largo y á lo ancho de su casa-habitación; algunas veces se para, otras continúa el paseo; pero en todas ellas suspira y manotea y gestícula, y parece que no está para bromas según la cara de Neron que pone en algunos momentos.

—Soy un bestia, dice dándose una palmada en la frente, tengo á Nemesis, á mi adorada Nemesis á dos pasos de aquí, y no me atrevo á declararla mi pasión; está visto, soy un bolonio. No hago nada, nada absolutamente para acercarme á Nemesis, mientras que el imbécil de Anastasio ya creo que está en relaciones con ella. ¡Oh! si yo hubiera sido otro, me habría anticipado; pero..... soy tan corto de genio y luego tan pobre! Bien es verdad que Anastasio no creo que sea mas rico que yo, y en cuanto á ella, pasa todo el día manejando la aguja para atender á sus necesidades y á las de su madre. Pero ya se vé, Anastasio es mas atrevido que yo, y las mujeres..... ¿quién demonio comprende á las mujeres! Lo dicho, soy un zopenco.

Nemesis era una costurera, de ojos negros y rasgados, de talle esbelto, de mirada apasionada y algo mas y.... y que vivía en la habitación baja, en compañía de su buena y honrada madre, Doña Tomasa, que se desvelaba por su hija y la quería con idolatría; pero que se extasiaba, viéndola manejar la aguja para ganar el sustento, mientras ella se estaba mano sobre mano, á pesar de ser jóven todavía y de tener bastante robustez. Como esta madre he conocido yo muchas madres, y aun muchas abuelas y muchas tías; pero esto no es del caso, ni viene á cuento. A Narciso parece que la Nemesis no le era del todo indiferente, y hasta creo que le convenia Nemesis. Pero el pobre, era tan corto de genio como de bolsillo. Si se le hubiera alargado, y sobre todo, llenado el bolsillo, tal vez se le habría alargado el genio. Si, de seguro, porque no hay cosa que dé mas osadía y atrevimiento que el dinero. Y hasta talento dá, si, señores. Siempre he visto que cuantas mayores patochadas y sandeces dice un hombre que tiene dinero, mas se las celebran y se las rien.

Tampoco esto me interesa á mí, ni viene á pelo. Cuando yo tenga mucho dinero, muchísimo, ya sabré lo que he de hacer; pero, aunque no haga nada, lo que es gracia, la he de hacer siempre; eso lo tengo bien seguro.

En tanto, ¿á qué entretenerme

En cosas que no son raras,

Y pueden costarme caras.....?

Mejor será no meterme.....

En camisas de once varas.

Al concluir el último verso de esta quintilla se oyen muchos gritos en la escalera; un ruido infernal atruena toda la casa: Narciso se detiene en sus paseos y no sabe qué hacer, si bajar ó estarse quedo, cuando un agudo chillido le hace dar una voltereta y exclamar:

¡Dios mío! es la voz de Nemesis.....

Pega un brinco y baja la escalera, saltando

de cuatro en cuatro los escalones. Parece, según el dicho de las vecinas, que diez ladrones, nada menos, habían querido robar á D^a Tomasa. Yo no sé qué pensarían encontrar diez ladrones en aquella pobre casa; pero así lo decían y hay que creerlo. Cuando llega Narciso al tramo de la escalera donde está armada la de Sedán, que no siempre ha de ser la de San Quintín, sale un ladrón de la habitación de D^a Tomasa. Narciso quiere detenerlo, el ladrón le da un empujón que le hace rodar las escaleras que faltan para llegar al portal, salta por encima de él, y se escapa.

Nemesia está desmayada en brazos de su madre y de un vecino que quiere sostenerla por la cintura, y que desea ser solo á socorrerla, pero que no puede, porque la madre se lo estorba; Narciso se levanta, como puede, medio magullado y con un gran chichón en la frente. Si hubiera llevado chichonera, como los niños, no le habría sucedido eso. Vuelve á subir la escalera, aquella escalera cuyos escalones había bajado de tres en tres y de cinco en cinco, la vuelve á subir uno á uno y con mucho trabajo y con algún cuidado. Llega al punto de donde había partido con tanta velocidad, y al ver á Nemesia desmayada, le da un vuelco el corazón y dando traspiés corre á la próxima botica, y emplea en magnesia el único real que tiene en el bolsillo.

¿Qué irá á hacer este hombre con la magnesia? Al demonio se le ocurre el querer aplicar tal cosa á una mujer que está desmayada. Entrega la magnesia á doña Tomasa, ella pregunta lo que es, él se lo dice y ella le da un bofetón y se la tira á la cara, diciéndole que es un animal.

Toma, Narciso, bien empleado lo tienes. Si te hubieras estado en tu cuarto, no te sucedería lo que te sucede. Anda, métete otra vez á redentor y sabrás lo que es bueno.

Ya que te dió compasión
El desmayo de Nemesia,
Y llevaste un bofetón.....
Tómate tú la magnesia
Para curarte el chichón.

Nemesia sigue desmayada. La madre dá gritos y dice que busquen un médico. Sale Narciso como un cohete por aquella escalera, dando mil tropezones y olvidándose de la magulladura de los huesos y el chichón de la frente. Vuelve con el médico; este receta y se vá. Narciso se queda contemplando á Nemesia, que ha vuelto en sí, pero que está muy pálida. Doña Tomasa, con las lágrimas á punto de saltársele, dice que no tiene dinero para mandar á la botica por la medicina. Narciso sale otra vez corriendo; tampoco tiene dinero, porque el único real que le quedaba lo gastó en la magnesia; pero conoce al boticario y este le dá los medicamentos, á pagarlos cuando Dios quiera. Vuelve con ellos y se encuentra á Anastasio, el novio de Nemesia, al lado de la cama de esta; hace una visita, muy corta en la duración, pero larga en zalamerías de él á Nemesia y de Nemesia á él. Para esto no está ella mala; lo está solamente para que la mimen en la cama y para que Narciso gaste en medicinas. D^a Tomasa no le dice á Anastasio la escasez en que se encuentran. Hay cosas que nunca se dicen á un novio. El pobre Narciso es el que paga el pato. Se vá Anastasio y él se queda.

Aprovechate, Narciso; mira que á la ocasión la pintan calva, y sabe Dios cuando te verás en otra; pero nada, eres un bobalicon.

Si te muestras encogido
Ahora que el novio se ha ido,
Y Nemesia sola queda,
Te estará bien merecido
Todo cuanto te suceda.

Parece que Narciso me ha oído y aprovecha mi consejo; por fin se decide y declara á Nemesia su atrevido pensamiento; pero ¡oh, dolor! ¡oh, desengaño cruel! Nemesia le dice que no puede corresponderle, porque está comprometida con Anastasio, que no hace un momento le anunció que, en cuanto estuviera buena, se casaría con ella.

Eso es, Narciso, tú te has tomado el trabajo de protegerla contra los ladrones, exponiéndote

á que te perniequebraran, y saliendo con un chichón en la frente; tú has gastado en magnesia el único real con que contabas; tú has salido garante al médico de que le pagarás las visitas que haga; tú has pasado por el bochorno de pedir las medicinas á la botica, para pagarlas, tal vez quitándotelo de la comida, y después de todo esto, el novio, ó sea el propietario, viene con sus manos limpias y se la lleva. Bien empleado te está. Antes de haber hecho los sacrificios que has hecho, debiste haber mirado que tenías novio; y si no podías contener tu pasión, habérsela declarado antes, y caso de quedar convenidos y que dejara al otro por tí, entonces, y solo entonces, haberte mostrado tal cual te has mostrado después.

Tú la debías haber dejado que se la llevaran los ladrones, ó que reventara gritando, y su madre también, hasta que llegara el novio á salvarla.

Creo que Narciso ha comprendido todo lo que yo estoy diciendo, porque le veo que sube á su cuarto con semblante místico y abatido. Entra en él, cierra la puerta, lanza un suspiro, y se tiende en la cama diciendo:

Quien da pan á perro ajeno
Pierde el pan y pierde el perro.

CIDE HAMETE BENENGELI.

CARTAS DE DOS HERMANAS.

II.

LAURA Á MATILDE.

MADRID, Octubre de 18.....

Tu carta, mi querida y buena hermana, me ha llenado de alegría: parece como que un rayo de luz ha penetrado en mi alma y á la verdad que me hallo muy triste al lado de nuestra madre enferma y de nuestra anciana abuela, tanto que algunas veces mi espíritu abatido, yase aflige y no sabe á quien volver los ojos para referirle mis pequeñas penas.

Ahora te las diré á tí: ahora tú serás mi confidente, tú me alumbrarás en el camino de la vida con la luz de tu experiencia, y tú resolverás las dudas que se me ocurran.

Ante todo, dime como haré para hallar tiempo en las multiplicadas ocupaciones que me asedian cada día; algunas veces, al ver que no puedo alcanzar á la mitad de mis quehaceres, me desanimo, y lo dejo todo, tomando un libro y poniéndome á leer.

A la verdad, para mí sola, es demasiada fatiga el cuidado de una casa; las criadas no me obedecen ni me respetan, á cada instante se están mudando en casa y esto trae mucho desorden y mucha agitación.

Luego yo siento á veces extrañas tristezas que me agobian; á nuestra madre, á nuestra abuela, no les puedo confiar ciertas cosas: si estoy desaliñada me reconvienen, y si me cuido de mi adorno y de mi compostura, me falta el tiempo para todo lo demás. ¡Ah! ¡qué falta me haces aquí, mi querida Matilde! Tú serías á la vez mi guía y mi amiga, mi confidente y mi protectora.

Tú ahí, en esa ciudad encantada, disfrutarás de todas las felicidades de la vida, los teatros, los paseos, las diversiones de todos géneros llenarán las horas que te deje el cuidado de tu casa: dicen que París es tan hermoso, que solo con salir á la calle ya se disfruta de mil distracciones.

Yo para colmo de males me iré á sepultar dentro de pocos días en un pueblecito, situado á algunas leguas de Madrid, y esto á la entrada del invierno; el marqués de B..... que como sabes es amigo de toda la vida de nuestra familia, ha dicho á mamá que allí pasaremos el invierno mejor que en Madrid, porque las habitaciones destinadas á la estación de los frios son muy cómodas y están guarnecidas de espesos tapices.

Ya ves tú que perspectiva: Valdeñas es una aldea, situada al pie de una colina y en

la hondonada de un valle que la preserva de la crudeza de los frios.

¡Ya ves que porvenir!

¿Qué haré yo, sepultada en ese hondo valle durante todo el invierno?

¡Oh, Dios mío! ¡qué horror!

No tendré ni con quien hablar, ni sabré que hacer durante las largas noches del invierno.

¡Y yo, que soy tan propensa al fastidio! ¡yo, que me aburro de todo!

Mamá, lejos de compadecerme, me riñe porque estoy descontenta y triste, y esto es una injusticia, porque no hay comparación entre su edad y la mía, y bien se puede acordar de que cuando contaba los años que yo tengo ahora, se divertía mucho y era muy feliz.

En fin, me consolaré leyendo, y para ese fin me llevo todos los libros posibles, y he llenado ya un cajón muy grande; todo cuanto dinero he podido reunir lo he empleado en comprar lindas novelas y libros entretenidos.

También me dedicaré á estudiar la música, á pesar de lo poco que me gusta el estudio; y eso acaso será un bien, pues aquí jamás hallaba tiempo que dedicar al piano.

Yo lo reconozco: soy perezosa y descontentadiza; pero es también porque la suerte me ha colocado en una situación muy mala y muy desdichada.

En mis horas de soledad comparo frecuentemente mi suerte con la de Luisa, mi única amiga: tampoco tiene padre; pero su madre, joven y hermosa todavía, adora en ella y la lleva á todas partes: su vida es una cadena no interrumpida de delicias: se levanta muy tarde; pasa en el tocador dos horas: tiene siempre convidados á almorzar: recibe después con su madre en el salón de esta; si no tienen visitas salen á paseo en su soberbio carruaje: vuelven á comer y por la noche asisten al teatro, ó reciben en su casa.

¿Se puede imaginar mas dichosa vida? ¿Y para cada una de estas salidas trajes nuevos, encajes, guantes, flores!

Verdad es que esta suprema dicha, que esta dulce vida, es hija de la riqueza: nuestra madre ya lo la posee: la colocación de tantos hijos, la muerte de nuestro padre, las enfermedades, las pérdidas, han echado por tierra nuestra antes opulenta fortuna: lo mismo tú que todas nuestras demas hermanas, habéis disfrutado mejores días que yo: la muerte ha dejado para mí solo la escasez y las privaciones.

Dicen que la riqueza no es la dicha: yo creo que se engañan los que tal cosa afirman, ó que ellos mismos no lo creen así: la riqueza es la dicha, porque ella proporciona todos los gozos y evita todas las penas.

Mamá está triste algunas veces y es por que le falta dinero.

Si no me dá en algunas ocasiones el vestido, el sombrero, el prendido que deseo, es porque no tiene medios para comprármelo.

Matilde, yo no comprendo por qué te casaste con un hombre casi pobre, cuando, según dice mamá, tuviste varios partidos ricos donde elegir.

Yo no haré semejante cosa; te respondo de ello: me casaré con un hombre rico, aunque sea de tanta edad, que parezca mi padre.

Si por algo me alegró cuando oigo decir que soy bonita, es porque, acaso, siéndolo, podré hallar lo que se llama un buen partido.

¡Tener carruaje! ¡abono en los teatros, magnífica casa y suntuosa mesa! ¿Qué mayor felicidad?

Adios, hermana mía: perdona que te hable de tantas puerilidades; necesitaba un poco de expansión: estoy muy triste.

LAURA.

Bien por el Capellan.

Ya sabemos que el domingo el 62 batallón de Voluntarios, mandado por su dignísimo Coronel D. Francisco Calderon y Kessel y por el Comandante Accidental D. José de Rueda Bustamante, apreciable capitán de la 5ª compañía fué á la Quinta de los Molinos, donde le esperaban el Excmo. Sr. general Clavijo, sub-inspector, el Sr. Comandante D. Lorenzo de Pedro y el Sr. Capellan D. Manuel Rodriguez Garcia Salas, y donde estos dos últimos señores le fueron presentados; con cuyo motivo, el Coronel y el nuevo Comandante pronunciaron sentidas palabras, que fueron recibidas con entusiasmas vivas á España, á Cuba española, á nuestras dignas Autoridades y al Ejército y Voluntarios. Pero natural era que dijese algo tambien el estimable Capellan, quien se expresó en los siguientes términos:

VOLUNTARIOS: Os doy gracias, las mas expresivas gracias, por la honra con que me habeis distinguido, eligiéndome por vuestro capellan; siendo para mí un deber particular el corresponder dignamente á vuestra eleccion,—deber hermoso, que procuraré cumplir con gusto. Y ¿cómo no, cuando —aparte de las simpatías que por vosotros he sentido al observar los encendidos afectos hacia España que os unen, enardecen y animan,—antes y despues de ser sacerdote he sido voluntario? Ciertamente, y si así no lo hubiese hecho—habria faltado á mis deberes para con la familia, el estado y la iglesia misma.

Señores, todo lo debemos á la familia, al Estado y á la Iglesia, y vosotros lo sabeis; porque ¿de dónde hemos recibido alimento, educacion y cuanto poseemos, sino de la familia? ¿de dónde proteccion, instruccion, justicia y prosperidad—sino del Estado? ¿de dónde el principal elemento para conseguir la verdadera felicidad—sino de la Iglesia?

Y si esto es cierto, como á todas luces lo es, ¿no tendrán derechos sobre nosotros la familia, el Estado y la Iglesia? Dígase lo que se quiera por ese revuelto mar de pasiones desordenadas donde á vueltas de palabras bonitas se pretende hacer pasar lo falso por verdadero, lo malo por bueno, lo feo por bello; caótica infernal, que hace imposible la familia, la sociedad civil y la Religion misma; nosotros tenemos deberes, deberes muy sagrados que cumplir: para con nuestros padres, los de amor, respeto y gratitud; para con el Estado, los de respeto, fidelidad y obediencia á la autoridad constituida, contribuyendo al bien público y exponiendo vida y bienes en caso necesario por su conservacion y bienestar, y para con la Iglesia, los de creer y practicar lo que ella nos enseña.

Señores, una palabra mas, y vosotros comprendereis la importancia de mi insistencia, cuando en el mundo tocan el desorden á las puertas de las familias, de las naciones y de la iglesia, faltando el hijo al jefe de familia, la familia al jefe del Estado, y familias y Estados al jefe de la Iglesia. El orden nos reporta seguras garantías de nuestra vida, de nuestros derechos, de nuestra hacienda, de nuestro honor y de nuestra felicidad; pero sin un profundo respeto al principio de autoridad, que es el sosten del orden, la sociedad es irrealizable.

Voluntarios del orden, defensores de la familia, del Estado y de la Iglesia. ¿cómo no he de sentir por vosotros simpatías y entusiasmo? ¿cómo no he de tener por hermoso el deber particular que me habeis impuesto, nombrándome para vuestro capellan?

Voluntarios, venis cumpliendo dignamente vuestros deberes: adelante, pues, por tan buen camino, y en él —Dios mediante—hallareis siempre á vuestro compañero, á vuestro hermano, á vuestro capellan, cuyos votos son y serán en todo tiempo y lugar por el orden, por España y.....por el sexto batallón de Voluntarios de la Habana.»

Mas tarde, á las seis, dió el Sr. Coronel una comida al Excmo. Sr. Sub-inspector, á los Sres. Comandantes, Capitanes y Capellan del Batallón que con gloria manda, y en la cual, como era de esperarse, reinaron la esplendidez y la alegría; de manera que ya que empezamos diciendo: «Bien por el Capellan» justo es que digamos al concluir: «Bien por el Coronel del sexto Batallón de la Habana.»

FERDUSI.

MISCELANEA.

Cosa rara, nosotros, tan poco inclinados á las frioleras, nos hemos hecho un poco frioleros, lo que, con motivo del viento Norte, nos ha impedido ir á la representacion de Angela.

Pero ya hemos tenido el gusto de ver á la Teodora en *Adriana Lecouvreur* y *Lo Positivo* desempeñando dos muy distintos papeles, con una maestría, con unas delicadezas de detalle que el público ha sabido apreciar debidamente.

Sin embargo, lo hemos de decir á fuer de críticos imparciales; la Sra. Lamadrid necesita levantar en nuestro gran Teatro la voz mas, quizá, de lo que le permite la costumbre contrada en los de la Metrópoli, donde durante largo tiempo ha sabido sin esfuerzo alcanzar muchos y muy justificados triunfos.

A lo que no estamos sobradamente acostumbrados, es á ver tanta igualdad de ejecucion y tanta propiedad escénica como ahora, lo que prueba la bondad de la compañía que tiene por dignísimo director al Sr. Arjona, quien parece que ha querido modificar un proverbio castellano diciendo: «No quita lo de grande actor á lo de gran director de escena.»

Entre los artistas que están conquistando grandemente las simpatías del público, se cuentan el Sr. Mario y la Sra. Fernandez, ambos de carácter jocoso. El primero se vé que tiene gracia natural, y que, por consecuencia, no necesita recurrir á la mímica recargada para hacer efecto. En cuanto á la Sra. Fernandez, diremos que á una pronunciaci6n encantadora, une un brio y un *aquel* que no hay mas allá, pudiendo decir de su alma lo que D. Frutos Calamocha dice de su corazon, y eso que aquí estamos bastante lejos de Zaragoza.

¡Ataja! Voz es esta que con alguna frecuencia se ha oido en las calles de la Habana; pero en el teatro no se habia oido nunca hasta la noche del último Domingo.

—¡Diablo! dijimos nosotros, ¿andaré por ahí el ex-generalísimo de los mambises?

—Poco menos, se nos contestó, pues se trata de un ciudadano que andaba á caza de relojes.

Viendo un magnífico retrato de S. Bruno, dijo un sujeto: «no le falta mas que hablar.»

—En ese caso el retrato no tiene pero, contestó otro sujeto, porque San Bruno no podia hablar sin infringir la regla.

Al fin Víctor Hugo ha mostrado no ser insensible á las pullas de los alemanes, y los pone como chupa de dómine. ¡Qué calor, á sus años! ¡qué divina elocuencia! Mentira parece que en el propio artículo en que el inmortal autor de *Nuestra Señora de París* y de *Las Orientales* dice cosas tan sublimes, caiga en las vulgaridades de la fanfarronada y ten-

ga ananeramientos de estilo de un escritor de último orden.

Por cierto que, al ver como está Víctor Hugo con el rey Guillermo, no puede uno menos de lamentarlo, pensando en aquellas familiaridades que un tiempo tuvo el célebre Voltaire con el gran Federico.

Este monarca, en las horas de recreo que tenia con los filósofos de varias naciones, lo primero que exigía era que nadie se acordase de que él era monarca.

Un día, sin embargo, tales libertades se tomó uno de los contertulios, que Federico torció el morro, y á punto estaba de recordar el respeto que se le debia, cuando lo impidió Voltaire con esta finísima chanza:

—Señores, dijo, hablemos un poco mas bajo, para que no nos oiga el rey de Prusia.

Un canónigo de Burdeos, muy aficionado al salmon, oyó decir á su criado un día que el último salmon que habia quedado en la plaza lo compró un diputado, por cuya razon..... lo que se sigue.

—¿Sí? dijo el canónigo, alargando un bolsillo lleno de oro al cocinero, toma y trae lo que yo necesito, que ahí llevas lo suficiente para comprar el salmon y el diputado.

Si en Orleans los prusianos
Han llevado una soba,
Con razon dijo Iriarte:
«Donde las dñs las toman.»

Y á fé que la familia de Orleans debe estar muy contenta, si es verdad lo que dice el telégrafo, porque el punto de la primera victoria parece de buen agüero para la Francia, y sobre todo, para la familia.

Dias hace que recibimos un ejemplar de la obra del Sr. Bas y Cortés titulada: *Historia General del Comercio*, sobre la cual no hemos dicho aun nada, porque queremos leerla con la detencion que tan importante trabajo merece y consagrarla un largo juicio crítico.

Allá en Tempú, jurisdiccion de Santiago de Cuba parece que han llevado los mambises una buena tollina, muriendo buen número de ellos. ¡Ah! señor Aldama, que palizas están ustedes llevando por tercios y malos enbanos! Bien que mientras solo sufran palizas los necios que han tomado las armas, usted dirá con razon: «Ahí me las dén todas.»

SOLUCION AL ACERTIJO INSERTO EN EL NUMERO ANTERIOR.

O yo discurro muy poco.
O la bella guajirita,
Que he y á cavilar me incita.
Tiene muy presente el coco.

UN GUAJIROTE.

Charada.

Prima y segunda
Tiene Aguilera,
Mas en el buche
Que en la botella.
Tercia al derecho,
Cuarta al revés,
Con los enfermos
Se suele hacer.
Por esos campos
Busca el total,
Y si lo chupas
Te gustará.

GUTIERREZ.